

Abramos la mirada

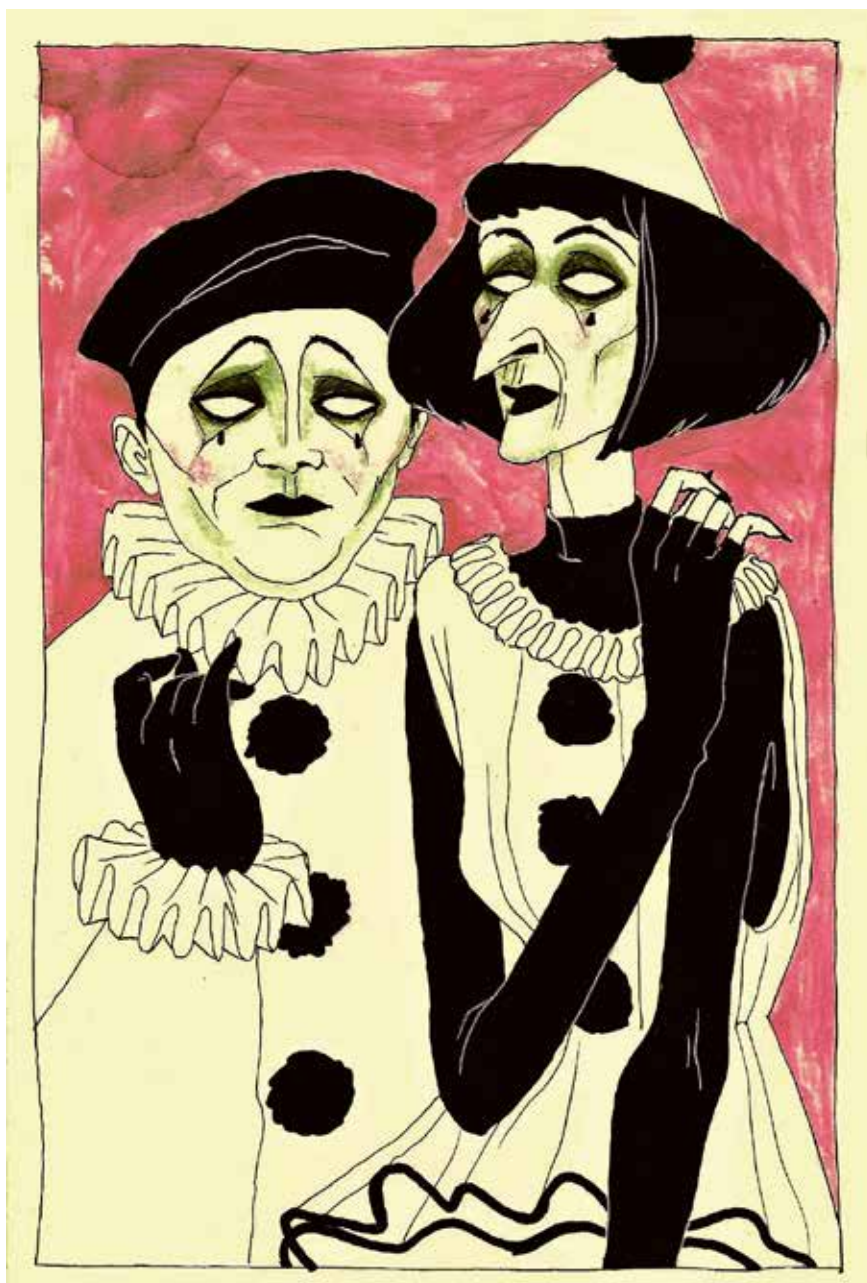
Salí absolutamente triste de la escuela, desanimada, con bronca y dolor en la garganta, sintiendo una gran mezcla de sensaciones por estos pibes. Urgencia por ayudarlos, escucharlos y hacerles pasar un rato de alegría y juego donde puedan distraerse de sus problemas. Me propongo una y mil veces, cada año, con cada grupo no gritar, no gritarles. Yo odio que me griten, me paraliza, me aleja, me obliga a buscar un lugar seguro donde refugiarme lejos de ese grito. Mi voz no alcanza, no se escucha, no genera el rigor del grito (el código que mejor conocen), el ruido se potencia, los cuerpos y las tensiones no esperan para la golpiza, el empujón o el insulto. Sus actitudes son auténticas, admirable e inciertamente auténticas: te quieren – te abrazan, se aburren – se escapan, se enojan – se golpean, no hay lugar para las falsedades. Pero claro, tantas autenticidades juntas, sin tolerancia ni respeto ante la opinión del otro genera la imposibilidad de convivir, obligando a estar con más brazos que un pulpo buscando, atajando, separando y reintentando que la convivencia pueda ser posible.

Y mientras tanto... clases que se acumulan en un cuaderno y que cada vez es más difícil que se hagan carne, que pasen la teoría para hacerse cuerpo en ellos, porque antes de una actividad tengo que enseñarles a mirarse a los ojos, a escuchar, a no escaparse por la ventana o la puerta porque consideran (sin darse la oportunidad de probarlo) que se van a aburrir. Tengo que poner cara de póker cuando una nena de siete años, ante mi pregunta sobre cuáles son sus juegos favoritos responde: "Profe yo no juego a nada", tengo que hacer de cuenta que no veo cuerpos abandonados, con suciedad acumulada, con falta de abrazos, de un te quiero y un límite, tengo que encender mis radares y detectar todas las peleas que se puedan dar, tengo que ser simpática para atraerlos pero tajante para controlarlos, tengo, tengo, tengo tantos desafíos delante que me quedo sin combustible para llegar a destino.

Dos meses después el intercambio se transformó. Tras instalar en las clases un momento semanal para conversar, nos animamos a conocernos. Sentados en el piso y mirándonos a los ojos compartimos anécdotas, deseos, miedos y dolores. Conocí incontables nombres de mascotas, tuve piel de gallina por escuchar cómo niños de siete años cuidaban de sus hermanitos y comprobé que el dulce de leche es imbatible.

Y así, sin pensarlo demasiado, nos acercamos humanamente, abriendo la mirada y afinando la escucha, mostrándonos frágiles y dispuestos a convivir.





MARIANELA MÁRTIRE

Nacida en la ciudad de La Plata el 6/11/ 1990. Actriz y Profesora de Teatro recibida en la Escuela de Teatro La Plata. Como docente se ha desempeñado en el Hogar Laura Vicuña de Ensenada, Secundaria n° 50 de Tolosa, Escuelas Primarias n° 63 y n° 7 de La Plata y en el hospital de día Artificio.

También se ha formado como Acompañante Terapéutica, profesión que ejerce actualmente junto con la docencia.

Ilustraciones: Noche Nacha